

GONZALO  
GINER



*La*  
**SOMBRA**  
*de los*  
**SUEÑOS**

Gonzalo Giner



La sombra de los sueños

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.

La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con

CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© Gonzalo Giner Rodríguez (2024) en colaboración con Agencia Literaria Antonia Kerrigan

© Editorial Planeta, S. A., 2024  
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Diseño de la colección: Compañía

Primera edición: marzo de 2024

Depósito legal: B. 2.474-2024

ISBN: 978-84-08-28468-0

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Unigraf

Printed in Spain - Impreso en España



## CAPÍTULO 1

---

*Musée d'Orsay. París. Julio de 2017*

Nada más pisar la sala treinta y uno de la quinta planta del museo, Sarah sintió un excitante respingo que recorrió su cuerpo de arriba abajo. Dejó escapar un tenue suspiro para rebajar la tensión, escudriñó la pared a su derecha, y a solo dos cuadros de donde estaba identificó el que iba a robar: un lienzo de cuarenta centímetros por cincuenta y cinco, pintado por Manet en 1872: el retrato de *Berthe Morisot con un ramo de violetas*.

Eran las 12:10 de la mañana.

La sala de los impresionistas podía reunir en ese momento a una treintena de visitantes. Unos admiraban los trabajos de Sisley, Pissarro y Renoir. Otros, no más de una decena, escuchaban ensimismados las explicaciones en japonés de una guía que no paraba de gesticular frente a un cuadro de bailarinas, de los muchos pintados por Degas.

Sarah había planeado aquel robo cien veces. El instrumental necesario para conseguirlo viajaba en el interior de su bolso Hermès, modelo Birkin, elegido para la ocasión por su gran formato y famoso por haber sido diseñado durante un vuelo que reunió a la actriz Jane Birkin y al por entonces gerente de la famosa marca de marroquinería de lujo.

En el extremo opuesto de la sala distinguió a un grupo de

adorables ancianos, dos mujeres y un hombre, que parecían estar disfrutando de la visita a tenor de sus risas y aspavientos.

Sarah empezó a caminar hacia su objetivo. Sus altos tacones resonaron en el suelo. A su paso, dos mujeres de mediana edad se fijaron en ella con indisimulado descaro. Antes de dejarlas atrás supo que la habían aprobado. Vestía un conjunto de chaqueta y pantalón azul marengo, de pata ancha, camisa malva, pelo muy negro, recogido y mirada castaña.

Echó un rápido vistazo al ángulo superior izquierdo de la sala, donde una cámara de vídeo cubría el área donde estaba colgada su pintura. Dispondría de tres minutos para conseguir su objetivo. Se mordió el labio y sonrió; esperaba que le sobra-  
ra tiempo.

Superó el retrato de Berthe Morisot y se paró delante de *Los pavos* de Monet, a la izquierda del anterior. Tan solo unos segundos después, una vez comprobó que nadie la estaba mirando, se descubrió la manga derecha de la chaqueta y activó su reloj digital. No era un modelo corriente; disponía de un medidor guía con tecnología láser con el que iba a fijar dos puntos en el techo, a una distancia muy precisa entre ellos, ni un milímetro más ni uno menos. Los marcó según sus cálculos. Se giró para estudiar la disposición del público y jugueteó con un mechón de pelo robado a su recogido, primera parada de la particular liturgia por la que viajaba en cada robo. Asomó los cuellos de la camisa por fuera de la chaqueta, con coquetería, y recuperó del escote un colgante con una pequeña paloma de plata, regalo de su abuelo Jacob; la persona más admirada de su vida; un hombre tan cariñoso y culto como buen ilusionista y genial ladrón, al igual que lo intentaba ser ella. Acarició el metal cinco veces, segunda etapa que cubría siempre antes de cada sustracción, lo devolvió al interior de la camisa y se detuvo a escuchar la música que en ese momento sonaba en la sala; sin duda, la más apropiada: *Cuadros de una exposición* del compositor ruso Modest Mússorgski.

Volvió a observar la pintura de Claude Monet y contó los pavos que había distribuido el pintor sobre un floreado jardín, para hacer tiempo hasta las 12:30, momento en el que desencadenaría la primera parte de su función, la que generaría una inesperada sorpresa con su consiguiente distracción.

Porque allí, en plena sala treinta y uno del afamado museo de Orsay, para hacerse con su primer cuadro de Manet iba a hacer auténtica magia.

## CAPÍTULO 2

---

*El Cairo. Egipto. Año 1181*

El médico y judío cordobés Maimónides exploraba la rodilla derecha del sultán de Egipto Salah ad-Din Yusuf, conocido por los cruzados como Saladino, en una de las estancias privadas del hombre al que todo el orbe musulmán empezaba a llamar *la espada de los creyentes*.

El sabio astrólogo, físico, rabino y poeta, huido de su Córdoba natal a causa de la persecución de los almohades, tras una estancia provisional en Fez se había instalado con su familia en El Cairo, donde tuvo que apostatar. Aunque en la intimidad siguió profesando su fe, leyendo el Talmud o escribiendo diferentes tratados y reflexiones sobre los preceptos de la Torá, su señalado saber en diferentes ciencias muy pronto le llevó a pisar los palacios de los gobernadores de Egipto; unas veces para curar, otras para escuchar y, desde hacía un tiempo, para aconsejar.

Su relación con Saladino era estrecha y cordial. Lo visitaba dos veces por semana cuando el sultán no estaba fuera, en alguna de sus frecuentes incursiones por el reino de Jerusalén.

Se solían encontrar en la llamada Ciudadela, en una ampliación de los antiguos palacios del visir, situados en la colina más elevada de El Cairo. Bajo la terraza de las estancias privadas de Saladino se divisaba la gran ciudad del Nilo, unida aho-

ra a la vecina Fustat, donde vivía Maimónides, quedando ambas protegidas por una nueva y sólida muralla.

Era de tal agrado su relación que, en ocasiones, las conversaciones se alargaban hasta bien entrado el anochecer. Quizá les sucediese ese día; el primero después de una larga estancia del sultán en Damasco. Saladino bebió un poco de agua y dejó el vaso sobre una mesa de suelo. Seguía haciendo caso de los consejos de su médico; para guardar una buena salud en el comer y en sus ejercicios físicos, desde hacía tres años no probaba el alcohol y salía a cabalgar no menos de una hora al día. También esa noche lo haría, en cuanto terminaran el encuentro.

—Maimun, cuando pienso que cada día son más las ciudades y principados que me piden su gobierno... —Dejó la frase en el aire. Llevaban un rato interpretando una reflexión que Saladino había hecho al poco de verse, referida a que el destino y la historia habían conspirado para hacer de él lo que ahora era. Saladino continuó—: Lo hago en Egipto desde hace doce años, siete en los emiratos de Damasco y algo menos en Yemen, Homs, como en el resto de Siria y otras plazas próximas a Antioquía y Edesa, aunque todavía se me resisten Alepo y Mosul. Cuando hago balance como ahora, en vuestra presencia, termino constatando que, por obra de la confluencia de un puñado de acontecimientos, la mayoría no buscados, he terminado reuniendo más poder del que nunca deseé ni quise imaginar. Sumo ejércitos para Alá como jamás se habían visto reunidos, y todos esperan de mí que les abra las puertas de Jerusalén para hacerla de nuevo nuestra, para recuperarla a la Fe. —La caída de la tarde no conseguía templar las altas temperaturas de la jornada y Saladino acusó el excesivo calor. Se retiró el turbante y apareció su peculiar cabellera roja, de pelos suaves y encendidos, apenas conocida por sus seguidores al llevarla siempre cubierta. Probó otro sorbo de agua. Maimónides no quiso cortar el hilo de su conversación—. Pero también

he sufrido atentados, no han pasado seis años del último, cometido por esos locos *hashshashin*, encabezados por el Viejo de la Montaña. Después del segundo, tuve que ir hasta su guarida para terminar de una vez por todas con aquella pesadilla. Mis amenazas debieron ser atendidas, porque no he vuelto a verme intimidado por sus huestes. Una vez más, el destino no lo quiso...

—Por suerte, y que así siga siendo... —apuntó Maimónides, quien vio entrar en la cámara a Ibn Yakub, el escriba del sultán.

Yakub saludó tocándose la frente, antes de hacer una reverencia.

—Me alegra que estéis con nosotros —le sonrió Saladino—. Estaba compartiendo con Ibn Maimun mis pensamientos para recabar su opinión, pero también me interesa la vuestra.

—Estoy a vuestra disposición, *sayyid*. —Tomó asiento sobre unos almohadones, en el suelo.

—Comentábamos las inesperadas confluencias que el pasado puede tener sobre el sino de una persona. Sin embargo, pocas veces nos paramos a pensar en el futuro. No vemos mucho más lejos de lo que nos puede pasar en una semana, en un mes, o hasta en un año, si queréis. Sin embargo, ¿alguna vez nos preguntamos cómo seremos vistos dentro de..., no sé, mil años? ¿De qué manera se juzgará lo que estamos haciendo ahora? ¿Qué creéis que dirán de mí, de Salah al-Din Yusuf, en el futuro?

Maimónides le respondió.

—Sabéis que no soy dado a regalaros los oídos ni a daros opiniones que no haya meditado antes. ¿Me permitís hablar con total sinceridad?

—De no ser así, no estaríais ahora aquí... —Saladino se frotó la rodilla. Tenía que estar doliéndole.

—Unos os tacharán de asesino y hasta de demonio. Pensad que os estáis convirtiendo en el peor azote del cristianismo.

Sois la mayor amenaza de su llamada Tierra Santa, como de sus sagrados lugares. Os odiarán por ello. Muchos buscarán en vuestra biografía cualquier suceso que os rebaje en prestigio. La historia no os tratará bien. No lo dudéis...

Saladino se rascó la barba mientras encajaba su vaticinio. No le extrañaba, pero afectaba a su amor propio.

—También dirán que fuiste un buen gobernador... —sua-  
vizó Ibn Yakub—. Que unificasteis por primera vez el islam.  
Que obrasteis con bondad y generosidad hacia vuestro pue-  
blo, sin expoliarlo a impuestos como hicieron otros. Que os  
convertisteis en un experto conocedor de los hadices del Pro-  
feta, así como de la doctrina revelada en el Corán.

—Mi querido Ibn Yakub. No olvides nunca la promesa que  
me hiciste cuando os pedí trabajar para mí; la de trasladarme  
vuestros pensamientos tal y como surgiesen, sin tener en cuen-  
ta mi autoridad. Lo que me acabáis de decir suena a lo con-  
trario.

Ibn Yakub no trató de disculparse porque así era como  
pensaba. Se lo ratificó y aún añadió:

—Y cuando conquistéis Jerusalén, os llamarán «adalid de  
los creyentes» o «la espada de Alá», y os tendrán como al me-  
jor guerrero de todos los tiempos que haya conocido el islam.

—¿Sabéis lo que en realidad me gustaría que dijeran de mí?

La pregunta desconcertó a su audiencia. Al no contestar  
ninguno, Saladino decidió confesar sus más íntimos deseos.  
Adoptó un tono de voz profundo, alargando las palabras.

—Que no fui un hombre vengativo ni cruel. Que mi cora-  
zón no se vio recorrido por el odio ni por el rencor. Que evité  
el castigo de los míos e incluso el de mis enemigos. Y que actué  
siempre, siempre, sin distinguir mi voluntad de la de Alá, ac-  
tuando en todo momento como su sabio brazo—. La mirada  
se le iluminó, como si a través de ella quedaran abiertas las  
puertas de su alma—. ¡Cómo me gustaría que se cumplieran  
en mí aquellos versos del Corán que así dicen!

*Concedes poder a quien Tú deseas, y arrebatas el poder  
a quien Tú deseas, exaltas a quien Tú deseas, y humillas a quien  
Tú deseas.*

*En tu mano se encuentra todo lo bueno y Tú tienes poder  
sobre todas las cosas.*

»No soy yo a quien se ha de recordar en el futuro si no a Él, que decidió hacer un instrumento de mí para llevar a cabo su obra.

—Cuán loable es vuestra humildad, cuando tendríais muchas razones para veros de otra manera...

Maimónides reflexionó en voz alta, antes de la inesperada entrada del responsable de las caballerías de la Ciudadela con el anuncio de la llegada de cinco nuevos caballos, regalo del gobernador de Homs.

Saladino aplaudió la noticia y se levantó de golpe, olvidando su dolor de rodilla y lo que estuvieran hablando, para abandonar la estancia a buen paso. Le siguieron Maimónides y Yakub, conscientes de que, tratándose de caballos, no existía otro asunto más importante para Saladino.

Los vio en el patio de las caballerizas. No necesitó mucho tiempo para apreciar su evidente calidad. Fue mirando uno a uno. El tercero era excepcional, de capa castaña y temperamento templado. El siguiente, un potro que prometía. Pero sus ojos se clavaron en el quinto ejemplar: una yegua de capa torda, casi blanca, con largas crines y una mirada limpia y noble que la hacía superior al resto. Ella también se fijó en él y tiró del cabezal, como queriendo moverse.

—¡Dejadla suelta! —ordenó al yeguarizo.

La hembra, una vez libre, empezó a dar pasos en su dirección: elegantes, decididos, sin dejar de mirarse. Cuando le alcanzó se quedó parada, frente a él. Sin bajar la cabeza, mantuvo la corta distancia, demostrando su dignidad sin atisbo de altivez. Se estudiaron. Saladino supo que por sus venas corría

sangre kurda, como también por las suyas. Preguntó su nombre a quien la había traído desde Homs y escuchó Shujae, la valiente.

Abrió las manos y se las dio a oler. La yegua acercó sus ollares y aspiró. Memorizó su olor para siempre.

—Si te pusieron ese nombre, es porque también me harás valiente a mí...

Ninguno de los presentes entendió el trasfondo de sus palabras mientras Saladino posaba su mano derecha sobre la testuz. La yegua, sin extrañar el gesto, resopló dos veces y alzó la cola feliz.

—Llevala a las cuadras a descansar y tenedla preparada al alba. Quiero cabalgarla mañana mismo.

Al día siguiente, apenas hubo salido el sol, la montó sin silla; así le gustaba hacer cuando quería sentir las reacciones del animal sin impedimentos externos, buscando la comunicación piel con piel. Iba solo. Se dirigió hacia las grandes pirámides, aquellas inmensas estructuras de piedra que tanto asombro le produjeron cuando las vio por primera vez, mayor a cualquier otra edificación conocida, y de camino la empezó a probar.

Muy pronto empezó a sentir su energía. Shujae cabeceaba nerviosa con ganas de acelerar el paso. Él la dejó hacer y fue entonces cuando sus cascos empezaron a estallar la yerma tierra, sin dejar de llevar la cabeza bajada, sumisa, pero con una clase que su jinete no había conocido en ningún otro caballo. La notó crecerse después, en el apagado eco de una corta cabalgada sobre la arena, y recibió la caricia de las largas crines sobre su rostro. Nunca había sentido sensaciones tan grandes a lomos de un caballo. Nunca una conexión tan íntima en tan poco tiempo.

Por eso, parados frente a la mayor de las pirámides, Saladi-

no se agarró a su cuello, la acarició en la frente, y en ese preciso momento, entendió que sus almas se acababan de unir para siempre. Así se lo hizo saber.

—Todos dicen que soy el mejor guerrero, como lo pudieron ser los faraones que levantaron estas pirámides, pero nunca me vi como tal hasta subirme a ti, Shujae. Hoy sé que estabas grabada en mi destino, y que, para poder cumplir la sagrada misión que me ha sido encomendada, no solo necesitaba convicción y voluntad, fuerza y persistencia; también a una compañera leal, enérgica y viva.

Shujae, desde hoy me llevarás volando a lo que Alá quiera de mí. Tú serás mi protectora, tú me salvarás del enemigo, solo tú me transportarás hasta las puertas de Jerusalén.